



La vida cristiana: Una participación — no una imitación

No se puede hacer un estudio del Nuevo Testamento sin experimentar algo de shock, al ver la notable diferencia entre la vida cristiana que estamos acostumbrados a vivir y el ideal del Maestro. Las incongruencias y contradicciones lamentables son tan dolorosamente evidentes, que aún aquellos que sólo tienen un conocimiento superficial de la Palabra del Salvador se sienten conmocionados. La poca fe que puedan tener se ve fuertemente sacudida.

Cuando uno compara la vida cristiana establecida por los apóstoles con la que tenemos hoy en día, no puede menos que estremecerse. Es como si comparáramos el cuerpo moribundo de un amigo con su figura y apariencia en los días más saludables de su juventud.

No es mi propósito hacer pedazos al cristiano moderno. No tengo luchas con la iglesia. No pretendo tampoco hacer el papel de un iconoclasta. Por espacio de diez años he sido misionero de la cruz, y no tengo planes de desertar de mi posición. Mi único propósito al llamar la atención a nuestro fracaso como cristianos, es señalar el camino hacia la vida victoriosa en Cristo para aquellos que están conscientes de su pobreza espiritual y que tienen “hambre y sed de justicia”.

Este libro es para el cristiano que se halla al borde de la desesperación, al ver la grotesca figura en que se ha convertido el cristianismo de hoy; para el que anhela fervientemente reflejar la imagen del Maestro. Para estos hermanos tengo un mensaje. Para aquel que está sediento del agua de vida, y cuya sed le consume. A él deseo revelarle el secreto de la vida abundante, la vida de la cual Jesús habló cuando dijo que “ríos de agua viva” correrían del interior de aquellos que creyeran en Él.

Es para el hermano que está cansado de simulaciones e hipocresías, que se ha convertido en un creyente lleno de pesadas cargas, y siente que, como cristianos, deberíamos estar libres del poder del pecado. A este hijo de Dios deseo dar el maravilloso mensaje de la cruz. Es para aquellos que están aplastados por un sentimiento de fracaso, y que desean el poder de lo Alto; los que anhelan que su vida y servicio sean como baterías eléctricas recargadas con el Espíritu del Dios viviente. A los tales siento que debo ministrarles una palabra que no cese de anunciar las maravillosas implicaciones de vivir una vida cristiana.

Pero primero debemos resumir brevemente los requisitos de la vida cristiana, antes de entrar a la declaración de mi tesis. Hemos de andar como Cristo anduvo (1 Juan 2:6); debemos amar a nuestros enemigos (Mateo 5:44); perdonar como Jesús perdonó — como Él lo hizo cuando estaba en medio de la vergüenza y angustia de la cruz, mirando a aquellos que le injuriaban, contemplando a los que le asesinaban, y perdonándolos (Colosenses 3:13); ser amables con aquellos que nos odian y nos persiguen, y orar fielmente por ellos (Mateo 5:44); ser más que vencedores (Romanos 8:37); dar gracias a Dios en todo, creyendo que

todas las cosas, aun aquellas que marchitan nuestras más doradas esperanzas, obran para nuestro bien (Romanos 8:28; Efesios 5:20); no debemos estar afanosos por nada, sino hacer notorias nuestras peticiones delante del Señor, con oración, súplica y acción de gracias, de modo que la paz de Dios que sobrepuja nuestro entendimiento guarde nuestras mentes y nuestros corazones (Filipenses 4:6); debemos regocijarnos en el Señor siempre (Filipenses 4:4); pensar en todo aquello que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay algo digno de alabanza (Filipenses 4:8); debemos ser santos, porque Dios es santo (1 Pedro 1:16). El Salvador dijo que si creemos en Él, ríos de agua viva correrían de nuestro interior (Juan 7:38). Debemos ser irreprochables y sencillos, sin mancha, en contraste con este mundo malvado y degradado, para resplandecer en medio de una generación maligna y perversa como luminas en el mundo (Filipenses 2:15); aprender a aborrecernos a nosotros mismos y practicarlo en forma diaria (Mateo 16:24). Se nos ha dicho que no podemos ser discípulos de Cristo si no renunciamos completamente a todas las cosas y a nosotros mismos (Lucas 14:26). Pablo nos dice que nuestros afectos deben de estar colocados arriba (Colosenses 3:1).

Creo que ya es suficiente. No nos atrevemos a seguir más adelante. El hacerlo sólo aumentaría nuestra vergüenza y dolor. No somos lo que Cristo quiere que seamos. Si ésta es la medida de la vida cristiana, si ésta es la norma sobre la cual hemos de ser juzgados, si esto es lo que Dios requiere de nosotros como cristianos, debemos gritar como Isaías: “¡Ay de mí, que soy muerto!”

¿Por qué el Salvador, tan tierno y comprensivo, tan amoroso y sabio, no hizo requerimientos que estuvieran más acordes con la naturaleza humana? ¿Por qué parece ser tan poco razonable? ¿Por qué no demanda de nosotros aquellas cosas que podemos lograr de forma lógica? Él nos invita a volar, pero no tenemos alas. El hombre que Él requiere es algo así como un superman, un hombre medio deificado. ¿Por qué el Salvador va más allá de lo natural, y pone al cristiano viviendo en las bases de lo sobrenatural? Yo protesto, no es natural el amar a nuestros enemigos; no es natural estar siempre gozosos; no es natural estar agradecidos por las cosas que nos hieren; tampoco es natural el odiarnos o aborrecernos a nosotros mismos; ni es natural andar como Jesús anduvo.

¿Hemos enfrentado este dilema honestamente? ¿Hemos tenido el valor de enfrentarnos con las implicaciones de la Palabra de Dios? ¿Se gana algo mediante subterfugios, pretendiendo que la distancia entre lo humanamente posible, y la ley de Cristo (ej., lo que podemos alcanzar por naturaleza y lo que Dios requiere en su Palabra) no es tan grande?

Si no puede darse una respuesta satisfactoria (mi respuesta en los capítulos siguientes es que sí es posible), el sistema cristiano merece las infamaciones de los enemigos. Debe enfrentar el grave calificativo de exageración, fanatismo, o lo que quiera llamarse a esta falta de ajuste entre la ley de Cristo y la naturaleza humana.

Este no es un dilema nuevo. El gran Apóstol a los gentiles no deja ninguna duda acerca de su convicción de que la naturaleza humana, como tal, nunca puede

alcanzar el ideal de Cristo. Él no minimiza la arrolladora incongruencia. Deja claro el hecho de que la ley de Cristo es un ideal inalcanzable, una dorada quimera, algo que la naturaleza humana como tal nunca puede lograr y a lo cual nunca se puede adaptar.

Romanos 7 es un testigo de este hecho. Aquí tenemos la confesión de fracaso del Apóstol, su grito de desesperación, su clamor amargo al encontrar que el ideal cristiano es inalcanzable, sus gemidos en cuanto a este dilema para el corazón, su honesta admisión de creer que los requisitos de la ley de Cristo son algo a lo que la naturaleza humana, aunque luche hasta el último esfuerzo, nunca podrá adaptarse. No me malentendáis; no quiero que mis lectores sean sacudidos por algo aparentemente tan duro; cito las propias palabras de Pablo: “Porque lo que hago no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco; eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7). Pablo lucha, agoniza, llora. Se esfuerza como sólo este gigante moral, uno de los más grandes de todos los tiempos, podría esforzarse. Todo es en vano. Él confiesa que la ley del pecado, como un poderoso torrente, arrastra con todo.

Hacemos bien en enfrentar honestamente todos los aspectos de este dilema. Pablo también lo hizo. Él no echó ninguna cortina de humo sobre el asunto, ni sobre su incapacidad ni sobre el inalcanzable carácter de la ley

de Cristo. Es completamente franco sobre el hecho de que en sí mismo (esto es, en su carne, Romanos 7:18) no mora el bien. Confiesa que se deleita en la ley de Dios, pero encuentra que hay algo en la naturaleza humana que hace que no se pueda someter a ella. Si hemos de ser honestos en cuanto a estas cosas, nos sentiremos llevados en forma inconsciente a tomar ciertos pasos, los cuales nos conducirán a un glorioso despertar. Lo mismo que condujo a Pablo a un gran descubrimiento, nos ha de conducir a nosotros.

No se trata de que Pablo, cuando escribió Romanos siete, era todavía un desobediente por voluntad propia como en sus días anteriores a la conversión camino a Damasco. Él amaba realmente al Señor. Era un soldado de la cruz, un cristiano consagrado. Sólo que en ese momento se estaba viendo a la luz de una nueva revelación — a luz deslumbrante de la cruz de Cristo. Lo que antes, como un estricto discípulo de Moisés, hubiera sido excusable ahora lo abrumaba por su magnitud.

Actitudes aparentemente inocentes, pequeñas cosas, pecados insignificantes que bajo la ley mosaica hubieran pasado desapercibidos, si no es que se hubieran constituido en pequeñas virtudes, ahora rompían su corazón. Eran cosas repulsivas, intolerables. Parecían arder con el fuego del infierno. Se clavaban como la lanceta de un escorpión.

Pablo deseaba ser como Jesús. Ya no era solamente una cuestión de ética, un asunto entre lo correcto y lo incorrecto, sino que todo se expresaba en una sola interrogante: ¿es como Cristo quiere que sea? Pablo

deseaba ser libre. El amor por sí mismo, aun en las formas más secretas e inocentes, le producía náuseas. Él quería ser como Jesús en lo amoroso de Su humildad, y en lo infinito de Su compasión. Deseaba amar a Dios con un amor puro y servirle con esa sencillez que caracterizó al “Unigénito del Padre”. Sintióse cargado y abrumado, y en la angustia de su desesperación, el Apóstol lanza un clamor por liberación (Romanos 7:24). ¿Hay una salida? Sí. La hay. Pablo lo encontró, y nosotros también podemos encontrarla.

Ahora bien, mi tesis es la siguiente: hemos estado procediendo sobre bases falsas. Hemos concebido la idea de la vida cristiana como una imitación de Cristo. No es una imitación de Cristo, sino una participación de Él. “Porque somos hechos participantes de Cristo” (Hebreos 3:14). En el libro de Thomas Kempis, *La Imitación de Cristo*, hay algunas cosas buenas, pero la idea básica que concierne a los principios que rigen la vida cristiana es completamente falsa. El proceder sobre las bases de la imitación no haría otra cosa que sumirnos en la desesperación en que Pablo se halló cuando escribió el capítulo siete de Romanos.

No somos lo que Cristo desea que seamos; el Sermón del Monte no encuentra expresión activa en nuestras actitudes; el problema es que no hemos escuchado al Señor Jesús. Él nos dice que debemos de permanecer en Él como el pámpano en la vid. Mateo cinco, seis y siete sin Juan quince sería como un camión de carga sin motor, como una ballena sin agua, o un pájaro sin aire.

En aquel aposento alto, el Maestro, sabiendo que era Su última oportunidad para imprimir en la mente de sus discípulos los principios fundamentales, colocó el mayor énfasis sobre la unión mística, esta unión espiritual de Él con los creyentes, este hecho sublime de la participación. “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros.” Nuestros fracasos no hacen sino confirmar la veracidad de las palabras del Salvador, pues al decir: “Porque separados de Mí nada podéis hacer.”

No, no hemos sido llamados a imitar a Cristo. La verdad es que el principio no tendría mucho valor si fuera así. Pablo lo mencionó en el capítulo 13 de 1 Corintios, el capítulo del amor”. Tal imitación vendría a ser como algo artificial. Hace algunos años, en el país donde yo estaba trabajando como misionero, este asunto fue llevado al punto máximo, cuando un celoso devoto se crucificó, clavándose literalmente en una cruz, donde sus padres lo encontraron muerto. La iglesia fundamental no aprueba de manera alguna este tipo de cosas, pero teóricamente está enseñando a sus fieles sobre las bases falsas de la imitación.

El cristiano no está llamado a esforzarse hasta más no poder para imitar la vida de Cristo. La vida cristiana en el pensamiento de Dios es mucho más bendecida y triunfante. “Porque somos hechos participantes de Cristo” (Hebreos 3:14). Dios nos da preciosas y grandísimas promesas, como dice en 2 Pedro 1:4: “Para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina”. El creyente está injertado en el Tronco de la deidad eterna. “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.”

“Las riquezas de la gloria de este misterio. Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).